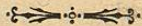


Cuando estamos satisfechos, cuando creemos contar el beneplácito de Dios, nada tememos; pero cuando Dios se oculta, cuando creemos que no nos ama y que nos abandona, entonces todo lo dejamos: ya se enfria nuestra devoción, nos creemos condenados y nos aterramos. Pero Dios obra así con nosotros porque todo cuanto tocamos lo corrompemos. Si nos dice alguna palabra amorosa, luego creemos haberla merecido y nos engalanamos con ella: no nos lo dice con otro fin que con el de animarnos, y ya creemos nosotros que es la expresión de nuestro mérito: volvemos entonces los ojos á nosotros mismos, y nos perdemos, convirtiéndonos en nuestro propio fin. Dios, que nos ama con amor sapientísimo, no puede contribuir á nuestra perdición: nos priva de la paz y nos pone en el campo de batalla para que trabajemos. Este es el momento de ejercitar la fuerza y la paciencia, pues las pruebas que Dios directamente nos ofrece son mas dolorosas que las que nos vienen de las criaturas. Es, pues, necesario armarse de paciencia en tales pruebas que Dios nos envía. «Nada puedo ¡oh Dios mío!; pero aunque me quitéis la vida, esperaré en Vós.» *Etiam si occiderit me, in ipso sperabo.* Es preciso que Dios mate en nosotros al hombre viejo para que el hombre espiritual pueda vivir y conversar libremente con Dios.

Fijémonos, pues, en estas verdades, porque las pruebas no habrán de faltarnos. Sabed esperar el momento de Dios; dad tiempo á que madure la gracia, y tened paciencia, que la paciencia es la que hace los Santos.



LA MORTIFICACIÓN

SIGNO DEL ESPÍRITU DE JESÚS

*Semper mortificationem
Jesu in corpore nostro
circumferentes, ut et vita
Jesu manifestetur in carne
nostra mortali.*

«Llevemos siempre en
nuestro cuerpo la mortifi-
cación de Jesús para que
su vida se manifieste en
nuestra carne mortal.»

(II Cor., IV, 10.)

NUESTRO Señor ha venido para sanarnos y comunicarnos vida más abundante. Nosotros estamos enfermos por naturaleza; en nosotros está el germen de todas las enfermedades del espíritu, así es que para caer en pecado no necesitamos del demonio: por nuestra propia naturaleza podemos condenarnos. Es cierto que el demonio nos tienta, pero ordinariamente nos tienta valiéndose de nosotros mismos: está en connivencia con nuestros enemigos interiores; mantiene inteligencias con la plaza, y sus palabras hallan eco dentro de nosotros mismos. El pecado original deja en nosotros inclinaciones malas, las cuales obran con más ó menos violencia, según somos nosotros más

ó menos puros y fuertes; pero las tentaciones no dependen siempre absolutamente de vosotros.

A estas tentaciones, cuyos medios ofrecemos nosotros, añádense las que nacen de las circunstancias en que nos hallamos, las que proceden del demonio, y las que Dios permite positivamente algunas veces. El no ser tentados no depende de nosotros. De aquí que sea absolutamente necesario que nos veamos libres de nuestras enfermedades espirituales y que tengamos una vida superabundante con que poder resistir y combatir victoriosamente, y que el mayor mal que puede acontcernos es vivir descuidados y seguros de nosotros mismos. En el momento en que nos confiemos, volvemos á caer.

Para sanarnos y vivir verdaderamente, es necesario que estemos poseídos del espíritu de Nuestro Señor y que vivamos de su amor. El amor forma la vida; el espíritu la ley de nuestras obras y afectos. Este espíritu es la mortificación practicada ya por penitencia ya por amor. Todo lo demás es mentira ó lisonja. Reparad en la vida de Nuestro Señor, y en cada uno de sus actos hallaréis la mortificación: mortificación de los miembros, desasimiento de sí mismo, penas interiores, abandono, contradicción: la mortificación es la esencia de la vida de Nuestro Señor, y por consiguiente del cristianismo. Bueno es amar; pero el amor se prueba por el sacrificio y los sufrimientos.

I

La mortificación sanará mi cuerpo enfermo, que lleva consigo toda suerte de enfermedades. Hondamente herido está nuestro cuerpo, y carece de su

fuerza primitiva; cada uno de sus movimientos es un paso que da hacia la muerte y la descomposición: su misma sangre no es más que corrupción.

¿Cuál es el medio de que hemos de valerlos para dar á esta podredumbre salud y fortaleza? Sed sobrios, decían los antiguos; sed mortificados, dice el Evangelio, que en la mortificación está la vida del cuerpo. Los que carecen de fe y quieren prolongar la vida, practican la sobriedad. ¡Qué flacos seríamos nosotros si no tuviéramos el valor de hacer, á impulsos de la fe y de la gracia, lo que ellos hacen por amor á la vida!

Aquellos que, como los religiosos, viven por razón de su estado con sobriedad, pueden muy fácilmente tomar sus humildes manjares con espíritu de penitencia. Este espíritu es necesario á todos, pues ninguno está exento de pecados diarios, y por otra parte debemos reparar las faltas que cometen los demás. Mortifiquémonos, pues, no tanto respecto de la cantidad como en la calidad de los manjares que tomemos. No estamos al abrigo de las tentaciones de gula; y si no aprovechamos las ocasiones que se nos ofrecen de mortificarnos, no tendremos el espíritu de penitencia, que es el espíritu de Nuestro Señor.

Nuestro cuerpo, encendido como está en fiebre, no es enemigo despreciable, pues comunica al alma esta fiebre, que es preciso cortar mediante remedios contrarios. La verdadera quinina es la mortificación, que aplaca las pasiones y ordena sus movimientos. El cuerpo sólo se doma con cadenas: al atarlo protesta y se rebela, pero al fin se le sujeta. El alma, por desdicha, está entregada al cuerpo, que la atrae por medio de los apetitos sensuales: el mal del alma pro-

cede principalmente de los objetos exteriores, con los cuales está en contacto mediante el cuerpo; estas distracciones, contrarias á la paz y á la reflexión, vienen de los objetos que hemos visto, y la imaginación, órgano corporal, es un pintor miserable y desleal. Cuanto mayor es la atención con que estáis en una obra santa, más cosas abominables pinta este traidor, vendido á Satanás. En nuestra propia casa nos tienta la imaginación menos que en la presencia de Dios, porque allí no está el espíritu tan recogido ni oprime tanto á los sentidos para dominarlos. Así, hay muchos que se quejan, y no sin razón, de que basta que empiecen á hacer oración para que al punto se vean asaltados de tentaciones: es evidente que en estos momentos la naturaleza corrompida lucha con mayor encarnizamiento por conservar su imperio.

Es, pues, necesario que vigilemos sobre nuestros sentidos exteriores: el pensamiento ó la imagen impura que no se apoyan en la percepción anterior de algún objeto deshonesto, pronto se desvanecerá; pero si el ojo se recreó en la vista de este objeto, la imaginación le reproducirá sin cesar hasta que se nos desvanezca por completo el recuerdo del mismo objeto, el cual durará meses y acaso años enteros. Testigo de esta verdad fué San Jerónimo, á quien turbaban los recuerdos de las fiestas de la Roma pagana en medio de las más austeras penitencias.

Tengamos presente que si no somos señores de nuestros ojos, tampoco podremos dominar nuestros pensamientos. El alma sola no se tienta á sí misma: tiene en sí el germen que puso en ella el pecado original, pero los medios que sirven para el mal son

los sentidos; el cuerpo es un instrumento dócil para el mal. La prueba de esta verdad está en los niños, los cuales no se ven combatidos por las tentaciones, porque sus sentidos todavía no están abiertos al mal. ¿Qué deberemos, pues, hacer? Debemos ver sin ver, mirar sin mirar, y si se ha grabado alguna imagen perjudicial en nuestra imaginación, borrarla olvidándola por completo. El corazón quizá es bueno, pero los sentidos le tornan adonde quieren. El mismo niño, que ve sin comprender cuando se fija en su alma alguna imagen mala, verá más tarde que sus recuerdos se despiertan y que sus miradas de otro tiempo aparecen en su imaginación para atormentarle. Tapemos, pues, nuestros ojos y nuestros oídos con agudas espinas, cuyas puntas nos impidan sentir las llamas del impuro foco: que si esto hacemos, las tentaciones sólo servirán para acrecentar nuestra pureza. El corazón del hombre va en pos de sus pensamientos. Si es Dios quien posee nuestro entendimiento, el cual saca la materia de sus conceptos de la imaginación, ó si es el mundo, el corazón amará á Dios ó al mundo.

Esta mortificación, que nos libra de caer en pecado, es cosa de mucha importancia, que nos exigen la justicia y nuestra salud; pero el descansar con seguridad en ella, es preparar nuestra derrota; hemos prometido mucho más, hemos prometido llegar á la mortificación de Nuestro Señor. Aunque no hubiera razón ninguna de justicia que nos impusiera la mortificación, deberíamos mortificarnos por agradarle, porque Él mismo se ha mortificado por agradar á su Padre. Esta es la mortificación positiva que debe inspirar nuestra vida y ser la ley de nuestros actos. Sea cual fuere la virtud que busquéis en

Nuestro Señor, siempre la hallaréis sellada con el sello de la penitencia; y si no queréis llegar hasta aquí, dejáis el corazón de la misma virtud, lo que constituye toda su fuerza. Si procuráis ser humildes, ó recogidos, ó piadosos sin mortificaros, perdéis el tiempo. Dios ha dispuesto que el adquirir cualquier virtud nos cueste trabajo: si hoy apenas sentís el sacrificio, es porque Dios quiere atraeros por medio de la dulzura, como á los niños; pero día llegará en que lo sintáis. La crucifixión está en la misma naturaleza de la gracia. Si no padecéis, es porque no tomáis la gracia del Calvario, que es la verdadera y única fuente de gracia. El amor de Dios es sólo sacrificio. Mortificar los sentidos, algo es; pero mortificarse interiormente es el coronamiento del espíritu de penitencia de Jesucristo en nosotros.

II

¡Cuán pobre sería nuestra corona si hubiera de estar formada de sacrificios exteriores! ¡Es la vida tan corta! Pero el alma obra con mucha mayor actividad que el cuerpo, y Dios, que quiere que adquiramos inmensos méritos para coronarnos más gloriosamente, nos ofrece el medio de sacrificarnos en cada uno de nuestros pensamientos y de nuestros afectos: este sacrificio es un movimiento perpetuo del alma hacia Dios, y si fuéramos fieles á sus inspiraciones y llamamientos, veríamos que los sacrificios que Él nos pide son infinitamente numerosos y varios en cada momento de la vida. No nos exige que siempre que hagamos algún sacrificio se manifeste este sacrificio exteriormente, sino que los

aceptemos en nuestra voluntad, y que estemos dispuestos á hacerlos exteriormente si Él nos lo exigiera. Para llegar á este punto es necesario que no nos adhiramos á tal estado del espíritu más que á tal otro, sino que conformemos nuestra voluntad con la de Dios, no queriendo más que lo que Él quiere y queriendo todo cuanto es su voluntad.

El que goza, quisiera seguir gozando siempre. Pero no es éste el plan de Dios: es necesario saber dejar el gozo y tomar la cruz: acordaos de la lección del Tabor. Hay muchos que quisieran servir á Dios sólo por gozar de la paz que trae consigo el servirle; si no gozan cuando están adorándole, se quejan y dicen que no saben orar. Esto no es verdad; todo consiste en que son sensuales. El gran defecto de las almas piadosas es ser sensuales en Dios. Si Dios os concede alegría, bien está que gocéis de ella, pero no os aficionéis á este gozo; si se muestra duro, humillaos y no os desaniméis: hay que amar á Dios más que á sus dones: ésta debe ser vuestra norma y el principio de vuestra conducta. Cuando San Pablo, cansado de vivir luchando contra las tentaciones infernales que le asaltaban, pidió á Dios que le librara de ellas, el Señor le respondió: «No: mi gracia te basta; la virtud se perfecciona en la flaqueza.» Estas palabras consolaron y fortalecieron al Apóstol y más tarde le hicieron exclamar: «Sobrebundando de alegría en medio de las tribulaciones que por doquiera me cercan.»

En la tribulación y en la mortificación interior es, pues, donde está el gozo duradero, no en las consolaciones, ni aun en las espirituales. La ley es que sólo el alma penitente goza de Dios, porque el alma sometida en todo á la voluntad de Dios, sujeta su

cuerpo, y esta sujeción es el único medio de gozar de paz. En el momento en que hacemos un acto de penitencia, un sacrificio, sentimos la paz en nuestro corazón. Dios nos da esta paz según la medida de nuestra mortificación. La mortificación que hacemos por vía de penitencia y que en justicia debemos como expiación de nuestros pecados, da la paz á la conciencia: éste es el efecto de la justicia divina aplacada: la mortificación penitente y amorosa da alegría, paz, divina suavidad, unción y un no se qué que trasporta y lleva al alma fuera de sí misma, que espiritualiza al mismo cuerpo, hasta el punto de volar el alma á Dios en el éxtasis sin acordarse de que está encerrada en el cuerpo, como vemos que sucede en los Santos. Probad y veréis que la paz del alma está en razón directa de su mortificación; si llegáis á practicar la virtud en el goce y por el goce, podréis decirme que he mentido. Mirad, si no, los mártires, que se alegraban y cantaban himnos de alegría en medio de los más crueles tormentos. ¿Acaso no sentían el dolor? Sí lo sentían; pero el fuego amoroso que ardía en sus almas era más fuerte que las llamas que abrasaban y consumían sus cuerpos.

Tened presente que el verdadero camino de la santidad es la mortificación. Dios sólo quiere que hagamos el vacío dentro de nosotros mismos, y Él se encarga de llenar este vacío: *Dilata cor tuum et implebo illud*. El amor propio es la concentración de nosotros mismos, es llenarnos de nosotros mismos; luego la santidad es sólo un trabajo de mortificación.

Muy dura es esta mortificación; pero la paz es preciso conquistarla á costa de esta guerra contra la naturaleza. Si no luchamos, Dios no puede darnos

la paz. Pero cuando el espíritu de penitencia nos haya hecho más fuertes, y le amemos por ser quien es más que por sus dones, entonces nos la otorgará ciertamente.

Aceptad, pues, los caminos de Dios: Nuestro Señor quiere entrar en nosotros mediante su verdadero espíritu, que es la mortificación; llama sin cesar y espera con paciencia divina; pero si toda vuestra alma está llena de sí misma, si todas las puertas se le cierran, se aparta de nosotros, pues como estamos tan llenos de nosotros mismos y somos tan sensuales en nuestra vida interior y exterior, no puede hacer nada en nosotros.





LA VIDA DE LA NATURALEZA

Y LA VIDA DE LA GRACIA

LA vida de amor no es otra cosa que la vida de Jesús en nosotros. Su mayor enemigo es el amor propio. Dos son, pues, las vidas que vivimos: una vida natural, otra sobrenatural. Para que seamos de Jesús es necesario que esta vida triunfe y que la primera sea vencida, mudada, transformada en vida divina, en aquella vida de fe que es la que anima al justo. *Justus meus ex fide vivit*. Veamos qué cosa sea la vida natural; y comparándola luego con la vida de Jesús en nosotros, entenderemos cuán necesario es que vivamos con Jesús, si hemos de vivir de Él.

I

La ley de la vida natural es el espíritu propio, el espíritu personal: su divisa es ésta: «todo para mí»; los medios de que se sirve son los que ofrece la

prudencia humana; sus luces, las de la razón natural; su fin, todo para sí, para la vida presente.

La ley de la vida sobrenatural es, por el contrario, el espíritu de fe; sus medios, la gracia y la ley de Cristo; su fin, la gloria de Dios. Esto es lo que San Agustín significaba con estas palabras: «La ciudad del mundo empieza por el amor de sí y llega al desprecio de Dios; la ciudad de Dios empieza por el amor de Dios y llega al desprecio de sí.»

La vida natural se desliza, aun en las personas piadosas, en el claustro: está en todas partes. He aquí sus caracteres:

1.º Hace naturales en cuanto es posible las obras sobrenaturales. Dios comienza estas obras, pero nosotros las concluimos; dejamos que nuestras miradas se tuerzan, que nuestra intención se vicie, y con esto nuestras obras ya no son llenas ni acabadas en los ojos de Dios: *Non invenio opera tua plena*. De suerte que la diferencia que media entre obras en la apariencia iguales está en la intención: si hacemos la obra por Dios, la obra es santa y divina; si la hacemos por nosotros, es inútil para el cielo y perece con nosotros.

2.º Hace naturales las virtudes cristianas y religiosas. Es posible hacer actos de todas las virtudes morales y no poseer ninguna de estas virtudes en la presencia de Dios. La experiencia nos demuestra esta verdad. ¡Qué desdicha! La falta del elemento sobrenatural vicia y esteriliza nuestras virtudes: no están unidas á la vida divina, sin cuya savia no podemos hacer nada en orden á nuestra bienaventuranza.

3.º Somos naturales en nuestras gracias de piedad, de vocación, cuando sólo buscamos en ellas

honor, suavidad y gloria, rehusando aceptar el sacrificio que las mismas gracias nos ofrecen y exigen.

4.º Naturalizamos el amor de Jesucristo cuando amamos á Jesús por consideración á nosotros mismos, cuando le amamos en lo que nos lisonjea, nos glorifica, y no en lo que nos humilla y nos oculta á los ojos del mundo; cuando nos amamos á nosotros mismos en Jesucristo.

5.º Hasta en la Comunión se desliza el elemento natural cuando, en vez de buscar en ella la virtud y fortaleza celestial que contiene, buscamos sólo dulzura, reposo y contentamiento.

Natura callida semper se pro fine habet: «la naturaleza astuta siempre se tiene á sí misma como fin.»

¡Qué estupendo poder el nuestro de disminuir y rebajar de esta suerte los dones de Dios, de hacer naturales é inútiles ó poco fecundas sus gracias sobrenaturales y divinas!

¿Cómo conocerá cada uno en sí esta vida natural? Examinando los principios, los motivos que le determinan á obrar. ¿Por quién, para quién hacemos tal ó cuál obra?

Pero confieso que es difícil conocerla. *Natura callida est*: astuta es la naturaleza, astuto el amor propio, y ambos saben disimular; ocúltanse, disfrázanse bajo bellas apariencias, sólo nos muestran la parte buena de las obras que hacen, pues en todo cuanto hacemos hay ordinariamente algo de bueno y de malo, una parte buena y otra mala: *zelum putamus, et passione movemur*. Creemos obrar movidos de celo puro y desinteresado, y lo que nos mueve es la pasión y el amor propio.

En la práctica, la regla de la naturaleza es buscar-

se á sí misma en todo, tender al deleite. En esto la conoceréis. También la conoceréis por el fin á que anhela: sólo quiere descansar, no depender de nadie; va de prisa por acabar pronto; sólo hace gustosa lo que le agrada.

Un santo varón que vive vida sobrenatural, es austero en el cumplimiento del deber, no siempre es simpático: la guerra que sin cesar se hace á sí le hace duro para consigo mismo, y á veces para con los demás.

Un cristiano que vive vida natural es amable y solícito: ha hecho naturales sus virtudes, goza de ellas y sólo toma de ellas la parte que le hace amable á los demás.

La vida natural es, pues, nuestro enemigo, es un ladrón, una Dalila, un demonio; halla medio de hacer humana una vida divina, natural una vida de fe; de sustituir el amor de Dios con el amor propio, de reemplazar el cielo con la tierra.

II

Es necesario, pues, que nos revistamos de la vida sobrenatural de Jesús en nuestros pensamientos, obras y afectos, en todos los estados de nuestra alma.

1.º Los pensamientos del hombre natural son inspirados por el amor propio y ordenados á su propia satisfacción, porque todos los pensamientos naturales proceden de este mismo amor, que sólo obra movido por el interés de sus pasiones.

El hombre sobrenatural, por el contrario, piensa en Dios. Procura saber cuál es el juicio de Jesucris-

to en cada caso, y conforma el suyo con el de su Señor. Su pensamiento es conforme á la gracia de Dios: goza de cierto instinto divino, en virtud del cual discierne cuáles son los pensamientos naturales y terrenos, y los penetra y descubre; y si por ventura va en pos de ellos un momento, experimenta un dolor y un desorden interior que le advierten que debe levantar su corazón hacia lo alto: *Quae sursum sunt sapite.*

2.º El hombre natural juzga según su propio interés, bajo la impresión del amor propio, de su bienestar y sensualidad, y rechaza ó combate lo que le cuesta algún trabajo, ó por lo menos se muestra indiferente respecto de tales cosas.

El hombre espiritual juzga según el juicio de Jesucristo, según su palabra cuando la ha manifestado, ó según los ejemplos que nos ha dado; y cuando estas voces se callan, consulta la gracia del momento: *Sicut audio, judico.* «Como me dicta mi Padre, así juzgo yo» decía Nuestro Señor. Esta es la regla de los juicios del hombre sobrenatural. Y juzga bien: Jesucristo es su luz; no quiere otra cosa que la gloria de Dios y servirle en todo: *Et iudicium meum iustum est, quia non quaero voluntatem meam, sed ejus qui misit me.*

3.º El hombre natural sólo se presta á hacer aquello que le agrada. En todo busca su provecho. Quiere gozar del tiempo presente, y no quiere dejar de gozar aun durante su trabajo.

Pero el hombre sobrenatural obra, no para sí, sino para Dios. En sus obras mira á Dios, que es el fin superior que le mueve á obrar; de suerte que sus acciones no se terminan en la obra que ejecuta, sino en el fin de ella, que es el mismo Dios. Por esta ra-

zón es siempre libre: obra ó deja de obrar, y sólo la voluntad de Dios dirige sus actos en cada momento. Sólo busca á Dios, y en todo le halla, así en una cosa como en otra.

Tiene además el instinto de lo que agrada á Dios. Entre varias obras de su libre elección, siempre elige la mejor, la más agradable á Dios.

4.º Finalmente, el hombre natural se adhiere servilmente á los estados interiores que más le agradan; si le va bien en la oración, no querrá dejar este ejercicio ni aun para satisfacer á la obediencia ó á la caridad, y lo mismo sucederá en los demás estados en que se halle: con tal de permanecer en reposo, rechaza los estados que se oponen á su bien natural. Pero haga lo que haga y contra toda su voluntad, siempre vivirá en guerra, porque Dios no permitirá que viva gozando tranquilamente de su fin natural.

El hombre sobrenatural acepta gustoso todos los estados en que Dios le ha puesto, y de todos saca el bien, pues sabe hallar en ellos la gracia de Dios, su virtud y su gloria. En suma, vive de Jesucristo; Jesucristo es su medio divino.

III

Además, y esto es mejor, el hombre sobrenatural vive con Jesucristo y en Jesucristo: forma sociedad de vida con Él; sociedad perfecta en que se dan las condiciones de toda sociedad honrosa.

Estas condiciones son:

1.ª Dignidad de los miembros de la sociedad. Jesús es sin duda digno de todo honor; más aun: es digno de adoración. Pero nosotros, ¿qué títulos te-

nemos para formar parte de esta sociedad? Jesucristo se contenta con que vivamos en estado de gracia; con tal que seamos puros, Él suplirá todo lo demás, porque el estado de gracia mediante el cual somos hijos de Dios y templos del Espíritu Santo, nos une á Jesucristo como á miembros suyos y le permite trabajar en nosotros y emplearnos en su grande obra, como miembros suyos que somos. Pero en el momento en que somos manchados por el pecado mortal ¡qué desdicha! la sociedad se disuelve, porque nos hacemos indignos de formar parte de ella y Jesús no puede estar en sociedad con nosotros.

El efecto del pecado venial es tornar imperfecta esta sociedad y hacer que languidezca, pero no la rompe enteramente: la culpa venial repugna á Jesús y relaja el vínculo de unión entre nosotros y Él. Vivamos, pues, limpios y puros, aun de pecados veniales, lo cual es fácil, porque nosotros mismos podemos purificarnos haciendo actos de amor y recibiendo los Santos Sacramentos. Cuanto más puros seamos, mayor será nuestra dignidad y más estrechos los vínculos de nuestra sociedad con Jesús: según sea el grado de nuestra pureza, será más ó menos íntima nuestra unión con Jesús.

2.ª La segunda condición de una sociedad es que cada uno de los miembros de ella aporte fondos para constituir el capital social.

Jesús aporta todo cuanto tiene y todo cuanto Él es: los tesoros de su gracia y de la gloria, el mismo Dios.

Nosotros debemos aportar todo cuanto hemos recibido mediante el bautismo, todos los tesoros de la gracia santificante y los magníficos dones gratuitos que nos hace el Espíritu Santo al tomar posesión de

nuestra alma, y además todo cuanto hayamos adquirido de virtudes, de ciencia, de merecimientos: todo, en suma, lo que poseemos.

La garantía de la duración de nuestra sociedad está en que no hemos de tocar al capital ni á los réditos hasta que la sociedad se disuelva, que será cuando se acabe nuestra vida; que jamás hemos de tomar cosa alguna. Examinémonos frecuentemente acerca de este punto. Unos miembros aportan á la sociedad más y otros menos. El religioso, por ejemplo, entrega su libertad, la facultad de poseer bienes temporales, y el voto de castidad; y porque da más, obtiene mayor rédito que los que aportan menos. Pero sea cual fuere nuestra aportación, guardémonos de tocar á ella ni aun en lo poco.

3.^a Finalmente, cada uno de los miembros de la sociedad debe contribuir al fin de la sociedad con su cooperación personal, y su concurso debe ser voluntario y desinteresado. Nosotros prestamos, pues, nuestro trabajo: Jesucristo trabaja también en nosotros y por nosotros: Él es quien nos sostiene y nos dirige; sin Él no podríamos hacer cosa ninguna; seamos tan fieles y celosos como Él es en trabajar en la obra común que es la gloria de su Padre, y no le faltemos jamás, que Él jamás nos ha de faltar. Mirad cómo describe su acción en nosotros: dice de sí que es la savia de esta vida, que da á cada uno de nosotros, que somos sus ramas, vigor y fecundidad.

Todavía más: nos asegura que si queremos formar sociedad con Él, todo lo que queramos, todo lo que pidamos á su Padre, Él mismo lo querrá y se lo pedirá: *Si manseritis in me, quodcumque petieritis, hoc faciam, ut glorificetur Pater in Filio.*

Finalmente, nos conjura que permanezcamos en su

amor, como Él permanece en el amor de su Padre, en el cual hace Él todas las obras que le ve hacer: permanecer en su amor es, pues, participar de su poder, obrar por Él y en Él. ¿De qué no seremos capaces si permanecemos en su amor? *Omnia possum in eo qui me confortat.* No habrá cosa que no podamos hacer si permanecemos en este centro divino, que nos comunicará su infinito poder.

